



## **El tránsito de una identidad étnica a una identidad nacional ¿Nacionalismo indígena?**

**Ignacio Barrientos P.\***

Periódico Azkintuwe / Abril de 2005

24 páginas

---

En los últimos años se ha cuestionado la verdadera naturaleza, dimensión y alcance de las demandas indígenas. Varios autores plantean el surgimiento de un nacionalismo indígena, y en el caso concreto de Chile de una demanda etnonacional mapuche. Durante mucho tiempo las alusiones a los indígenas significaban una referencia a las comunidades. Luego comenzó a cobrar fuerza la expresión pueblos indígenas como la reunión de diversas comunidades bajo una denominación única. El último estadio en esta evolución es la introducción de la categoría conceptual de nación. Muchos pueblos indígenas se autocalifican, en la actualidad, como naciones o nacionalidades. Es necesario buscar una explicación para esa evolución.

En el concierto latinoamericano se comenzó a hablar por primera vez de “nacionalidades o naciones indígenas” en Ecuador y Bolivia, y desde allí se difundió hacia el resto del continente. Para muchos estudiosos del nacionalismo puede resultar impropio emplear el concepto de nación para referirse a los pueblos indígenas, sin embargo su uso se explica porque permite la formulación y concreción de demandas políticas. No debe olvidarse, además, que ello se produce en un escenario de re-etnificación global caracterizado por la movilización etnopolítica de que son protagonistas diversos pueblos colonizados del Tercer Mundo (Varese 1996) e, incluso, minorías nacionales, regiones y comunidades de países del Primer Mundo. Creemos que éste es un factor determinante en la difusión del discurso nacionalista en el mundo indígena.

Monserrat Guiberneau ha argumentado recientemente haciendo un estudio comparativo de naciones sin estados que hay muchas similitudes entre pueblos indígenas y, por ejemplo, naciones como Québec, Cataluña y País Vasco carentes de su propio estado. Todas estas agrupaciones tienen nombres colectivos, culturas, ancestros e historias que promueven una voluntad para determinar el destino político de sus tierras natales atrapadas al interior de estados ajenos (Pearson 2001). La crítica a la posición de Guiberneau aduce como argumento la diferencia entre la forma de esos nacionalismos euro-

occidentales con un supuesto nacionalismo indígena y los respectivos prospectos de estatalidad, lo que transforma, según sus detractores, las semejanzas en mera retórica.

No se puede desconocer que es discutible que se intente asemejar la demanda indígena con la demanda nacionalista. Un análisis comparativo puede arrojar algunas respuestas que descarten o confirmen esta hipótesis. En todo caso lo que está detrás de ella no es, necesariamente, la afirmación de que indigenismo (entiéndase como acción de los propios indígenas) y nacionalismo son fenómenos idénticos, sino la idea de que muchas organizaciones indígenas estratégicamente emplean las experiencias de nacionalismos minoritarios relativamente exitosos como marcos de referencia. Esto conduce a preguntar si ¿es posible explicar la pendiente deslizante del etnonacionalismo en base a la teoría de los grupos de referencia comparativos? en el entendido que la circunstancia de gozar aquellos nacionalismos de determinados reconocimientos y atribuciones autonómicas los transforma, para los pueblos indígenas, en modelos a imitar. En este trabajo sólo se dará una respuesta tentativa y parcial a este interrogante.

La ponencia se dividirá en cuatro partes. En la primera se analiza la relación entre etnicidad y nacionalismo. La segunda examina comparativamente las demandas indígenas y las demandas nacionalistas. La tercera se ocupa de los factores internos y externos que permiten que un grupo étnico desarrolle un discurso y movimiento etnonacional. En cuarto lugar, se efectúa una aproximación, al proceso de construcción de una identidad nacional mapuche.

## **1. La relación entre nacionalismo y etnicidad**

La mayoría de los autores reconoce en el nacionalismo y la etnicidad hechos sociales universales (Hastings 2000, Eriksen et al. 1993, Connor 1998). Sin embargo ese carácter no significa que sean conceptos menos elusivos y confusos. La dificultad para trazar una relación entre ambos conceptos viene dada por su porosidad y, quizás, por su ambigüedad, en el sentido que sirven tanto: a naciones sin estados que procuran la secesión o la autonomía, a estados en busca de legitimidad nacional, o a organizaciones con pretensión de crear solidaridad de grupo (Guibernau 1994).

Connor ha acuñado la expresión “enfermedad terminológica” para aludir a esta ambigüedad. Al respecto hay, al menos, dos posiciones. Aquellos que apuestan por intentos de clarificación conceptual (Connor 1998, Nielsson 1989). Otros, en cambio, sostienen que dada la fluidez de la realidad, no se gana mucho en discutir qué es un grupo étnico, una minoría nacional o una nación. Esta idea está asociada a la tendencia de los grupos a transformarse en (o autodenominarse como) una nación que busca la autonomía y la autodeterminación en diferentes formas (Plotke 2002) (1).

Quienes estudian el nacionalismo y la etnicidad se percatan tempranamente que existen tantos conceptos de nacionalismo y de etnicidad como autores se han dedicado al tema. En el caso del nacionalismo, además de existir muchos conceptos hay muchos tipos de nacionalismos. Eso tiene dos explicaciones: es

probable que sea la misma variedad la que da origen a las diferencias conceptuales entre distintos autores, o que el uso de diferentes criterios produce a su vez diferentes tipos de nación, así como variedad de nacionalismos (Hastings 2000).

En cuanto a la etnicidad, no hay tampoco un uso consistente del término, siendo reservada esa designación tanto para grupos comunales culturalmente definidos (Bell 1975), como para referirse a cualquier grupo minoritario en el seno de una sociedad dominante, incluso aunque la unidad particular de identificación pueda ser el origen nacional, lingüístico, racial o religioso.

Si bien es cierto que cada nacionalismo difiere de los demás, lo que hace difícil cualquier generalización, eso no implica que no haya un sustrato común a todos los nacionalismos (Guibernau 1996). Es posible afirmar que cualquiera que sea la realidad en la que actúa el nacionalismo los principios que lo informan y guían son los de autodeterminación y autogobierno, que adoptan múltiples formas dependiendo del contexto histórico (Keating 1994).

El examen de la relación entre la etnicidad y el nacionalismo permite, al menos, identificar dos tendencias. Una que considera la etnicidad como una especie de nacionalismo no exitoso o que ha perdido la batalla por la hegemonía política y cultural y cuyos miembros residen de manera más o menos inconfortable bajo la égida de un Estado que ellos no identifican con su propia nacionalidad o categoría étnica, que es el caso de ciertos pueblos indígenas (Eriksen 1991). Esta tendencia destaca la conexión intrínseca entre etnicidad, nación y nacionalismo que proporcionaría, según algunos autores, el único punto de partida inteligible para la teoría del nacionalismo (Hastings 2000, Dawisha et al. 2002, Hobsbawm 1994).

La otra corriente afirma categóricamente que como quiera que se conceptualice la etnicidad ésta no es lo mismo que el nacionalismo. Quienes se ubican en esta tendencia señalan que es una característica de la mayor parte de las naciones el que se compongan de varios grupos étnicos diferentes, y que la mayoría de estos grupos étnicos carezcan de aspiraciones nacionalistas. No obstante, reconoce que es innegable que existe una conexión entre la etnicidad y varias formas de nacionalismo, lo que se evidencia por la frecuente apelación de los nacionalistas a los sentimientos étnicos (Keating 1994).

Muchos autores han hecho en los últimos años esfuerzos para determinar la relación entre nacionalismo y etnicidad. Eriksen, por ejemplo, sostiene que el nacionalismo y la etnicidad son conceptos emparentados y que la mayoría de los nacionalismos son étnicos en su carácter (Eriksen 1993).

El análisis de una serie de trabajos permite establecer algunos rasgos o características comunes del nacionalismo y la etnicidad:

- 1) Ambos fenómenos se centran en la búsqueda y determinación de los orígenes del grupo a través de la recuperación de su memoria colectiva.
- 2) Tienen entre sus objetivos la revisión de los marcos geopolíticos existentes o, como mínimo, su necesaria reordenación (Breton 1983) (2).
- 3) La nación y la etnia son grupos humanos que determinan una forma de

identidad. La etnicidad y el nacionalismo son movimientos identitarios que procuran lealtad, sino exclusiva al menos preferente, al grupo.

4) Estamos frente a movimientos transgeneracionales. Las naciones y los grupos étnicos son grupos formados de miembros de todas las edades y de ambos sexos (Parsons 1975).

5) Tanto el nacionalismo como la etnicidad pueden ser tratados como ideologías que afirman la similaridad cultural de sus adherentes y a la vez la diferencia con los “out-group”. Por implicación los nacionalistas y los etnicistas, en una situación de conflicto, afirmarán las diferencias culturales vis-a- vis de sus adversarios (Eriksen 1991).

6) Ambos procuran salvar el problema de la infabilidad de la identidad nacional y étnica recurriendo a la autoidentificación (Contreras 2002).

7) Además de particularistas, ambas ideologías son colectivistas por que centran su carga emocional en un “nosotros” amplio (un yo generalizado) entendido como morada de lo sagrado e inviolable (Guibernau 1996). Por ello hay un vínculo íntimo entre comunitarismo, nacionalismo y etnicidad (Laporta 1995).

8) El nacionalismo y la etnicidad proporcionan un refuerzo a la acción colectiva. En este sentido, es cierto que son mecanismos de movilización política (Keating 1994).

9) Los estudios de la etnicidad a nivel de comunidades locales y del nacionalismo a nivel estatal afirman que tanto la identidad étnica como la nacional son construcciones sociales (Eriksen 1993).

10) La etnicidad y el nacionalismo emplean símbolos que combinan legitimación política y poder emocional (Eriksen 1993).

11) El nacionalismo y la etnicidad pueden ser vistas como una forma de parentesco metafórico (Eriksen 1993).

Explicitados estos rasgos comunes y frente al interrogante acerca de la relación existente entre etnicidad y nacionalismo, una respuesta viable es sostener que hay dos formas, por cierto no incompatibles, de explicar y entender esa vinculación. En primer lugar, se puede señalar que el nacionalismo y la etnicidad son dos grados de un mismo fenómeno (Eriksen 1991, Breton 1983). Esta perspectiva comprende la etnicidad como un nacionalismo de naciones subordinadas enfrentado al nacionalismo del Estado. La segunda forma, señala que, en no pocos casos, la etnicidad es una etapa en la construcción de un movimiento nacionalista (Brass 1997). Esta perspectiva pone el acento en los diferentes estadios que recorre un grupo hasta llegar a transformarse en una nacionalidad y en las condiciones que son necesarias para ello.

## **2. Demandas nacionalistas y demandas indígenas**

### **Advertencias necesarias**

Cuatro advertencias se hacen imprescindibles para continuar la tarea que hemos emprendido. En primer término, hay que destacar que la discusión de si los movimientos indígenas son o no nacionalistas tiene una larga historia. Stefano Varese señala que las rebeliones del siglo XVIII, que involucraron a algunos miembros de las elites indígenas en movimientos populares, condujeron a elaborar ideas acerca de las naciones indias y reinos o estados

indígenas independientes. Varese advierte que este tipo de nacionalismo indio, indudablemente inspirado por las reformas de los Borbones y alimentado por la Ilustración, fue capaz ocasionalmente de combinar las quejas expresadas por las elites indias y las inequidades sufridas por indígenas campesinos, venciendo de este modo las diferencias entre las aspiraciones urbanas y las percepciones parroquiales en los lugares más remotos (hinterland) (Varese 1996).

En segundo lugar, la fijación de fronteras entre un “nosotros” y un “ellos” es un fenómeno usual en todas las agrupaciones humanas. Los grupos nacionales y los pueblos indígenas no escapan a esta dinámica grupal de definición. ¿Qué métodos emplean?: a) la resignificación subjetiva de sus símbolos y atributos como también su adecuación a los nuevos contextos; b) la selección y uso de indicadores culturales, que actúan como hitos fronterizos, y; c) la diferenciación grupal a través de la promoción de la solidaridad interna. Todo ello conduce a la reclamación de un estatus social concreto y, si la comunidad étnica se politiza, a la reivindicación de derechos en el sistema político o, en casos extremos, al reconocimiento como nación soberana (Brass 1997). Como consecuencia de lo anterior, un aspecto común de los pueblos indígenas y de las naciones sin estado es su relación potencialmente conflictiva con el Estado y/o con el grupo dominante al interior de éste (Eriksen 1993).

La tercera advertencia es que más allá de discusiones semánticas, que caen en cierto dogmatismo, algunos pueblos indígenas pueden ser considerados como minorías nacionales, “naciones atrapadas” o naciones potenciales (Kymlicka 1995, Connor 1998). En todo caso, como se dirá más adelante, la afirmación de la existencia de naciones indígenas no asegura el desarrollo de un movimiento nacionalista.

En cuarto término, la hipótesis que los pueblos indígenas tienen el carácter de “naciones o nacionalidades” ha cobrado fuerza de la mano de una reflexión que se da al interior de la O.N.U. acerca de los tratados, convenios y acuerdos celebrados entre los Estados y los pueblos indígenas (3). Esto explica que además del fuerte componente emocional o psicológico del nacionalismo que no admite, según Connor, una explicación racional (Connor 1998), la apuesta de muchas organizaciones indígenas por un discurso nacionalitario o etnonacionalista encuentra apoyo en estudios históricos.

### **Diferencias y semejanzas de las demandas nacionalistas e indígenas**

Formuladas las advertencias precedentes, es momento de intentar dilucidar la cuestión central de esta sección. ¿Existe alguna diferencia entre las demandas de las minorías o grupos nacionales y de los pueblos indígenas? ¿Cuál es el centro de las demandas nacionalistas y de las demandas indígenas? En mi opinión tiene interés práctico establecer cuales son las demandas de cada uno de estos grupos y a partir de allí captar las semejanzas y diferencias reales entre ambos fenómenos, sean conceptuales o estratégicas. Además, en un mundo globalizado en que los dirigentes de los movimientos étnicos y nacionalistas interactúan frecuentemente y en que las ideas fluyen con facilidad y rapidez, se debe intentar comprender comparativamente la situación de los diversos grupos étnicos, entre ellos los pueblos indígenas, con la que

enfrentan agrupaciones humanas reconocidas como naciones sin estado.

El análisis de la relación entre los dos tipos de demandas considera, por un lado, el examen de las eventuales semejanzas del “marco reivindicativo”, y por otro, la posibilidad de aplicar un mismo tipo de teoría analítica. En lo sucesivo se tratará de abordar esta cuestión desde ambas perspectivas.

En primer lugar, debe considerarse que los pueblos indígenas son grupos humanos ligados a un territorio concreto, denominado territorio histórico, insatisfechos con su situación actual y que a partir del paso de aspiraciones culturales a aspiraciones políticas, reivindican, a lo menos, autonomía dentro de los límites del territorio de un Estado, además de reclamar participación en los procesos de toma de decisiones y el derecho a recursos suficientes para mejorar la vida de su comunidad y promover su cultura. ¿Es esta descripción muy distinta de la que puede hacerse de las naciones sin estados? Según Guibernau la característica común a todos los movimientos nacionalistas de naciones sin estados que reclaman una mayor autonomía o independencia es su insatisfacción con la situación presente (Guibernau 1996). Asimismo, las naciones sin estados o nacionalidades (minorías nacionales) reivindican derechos culturales, derechos lingüísticos, derechos políticos, autodeterminación o bien autonomía, todas demandas que involucran el reconocimiento de un territorio histórico (McKim y McMahan 2003).

¿Es posible sacar alguna conclusión de esta similitud? ¿Se trata de una circunstancia casual que no guarda relación con la unidad conceptual de ambas demandas? En mi opinión, no es casual esa similitud y ello explicaría la posibilidad de aplicar un mismo tipo de análisis teórico a las demandas y movimientos nacionalistas e indígenas. Constituye, creo, un indicio de la semejanza conceptual entre ambas clases de demandas el que, por ejemplo, se pueda aplicar la teoría de la división cultural del trabajo y colonialismo interno y el multiculturalismo de cuño kymlickano tanto a las naciones sin estados como a los pueblos indígenas.

La teoría de la división cultural del trabajo, propugnada por Herchert, plantea que los empleos y el acceso a los recursos están determinados por la afiliación étnica del individuo. A su vez, el colonialismo interno, como tesis complementaria, se explica como la explotación por parte de la elite dominante central del recurso laboral y natural de las periferias geográficas (Nagel 1989). Ambas ideas han sido discutidas tanto en relación con el nacionalismo quebequés, galés y escocés cuanto en relación con los pueblos indígenas. Respecto de éstos se sostiene que están sometidos a un colonialismo interno ejecutado por las elites o grupos dominantes de los estados-nación en que se encuentran atrapados (4).

La teoría multiculturalista de Kymlicka es aplicada expresamente tanto en apoyo de las pretensiones de las naciones sin estado y de los pueblos indígenas, incluyéndose a ambas categorías en la denominación de minorías nacionales (Kymlicka 1996) Kymlicka advierte sobre la existencia de dos modelos amplios de diversidad cultural: el multinacional y el poliétnico. Un Estado es multicultural, en cuanto multinacional, si sus miembros pertenecen a naciones

diferentes, algunas de ellas preexistentes al estado que las incorporó, que gozaban en el pasado de autogobierno, que manifiestan el deseo de seguir siendo sociedades distintas y exigen diversas formas de autonomía para asegurar su supervivencia. Un Estado es poliétnico si sus miembros han emigrado de diversas naciones, desean integrarse en la sociedad de la que forman parte y ser aceptados en plenitud en la misma.

El Estado multinacional, como se dijo, supone la preexistencia de grupos humanos a la llegada de los colonizadores que formaron el actual estado-nación. De acuerdo a ésta teoría los Estados no sólo han sido constructores de naciones sino también destructores de naciones minoritarias, a las que se ha presionado hacia la asimilación. Ésta es precisamente la realidad de los pueblos indígenas. Frente a este panorama el multiculturalismo del primer tipo exige el mantenimiento de una cultura societal diferenciada mediante el reconocimiento de derechos específicos. Este proyecto de reproducción cultural demanda el autogobierno en determinadas materias y el consiguiente control de determinadas instituciones y políticas públicas. Los derechos de las minorías que se postulan serían una respuesta defensiva a la construcción nacional estatal.

Hay muchos ejemplos del acercamiento entre lo indígena y lo nacional. Uno de ellos es el caso maorí en Nueva Zelanda producido por el reconocimiento de la validez del Tratado de Waitangi (5) . En Australia hay también una creciente tendencia de los voceros indígenas a usar la imaginaria nacional, especialmente por el Aborigin Provisional Government, aún cuando las afiliaciones locales y regionales aún predominen (Pearson 2001). Lo mismo ocurre con los voceros de las Primeras Naciones en Canadá que subrayan el común deseo de los quebequenses y los pueblos aborígenes de Canadá a preservar una contigüidad cultural y territorial como sociedades distintas. La reciente experiencia del pueblo inuit del Ártico Oriental al lograr el estatus de territorio autogobernado para Nunavut ha fortalecido este proceso (6) .

A pesar de la distinción formulada entre demandas nacionalistas y demandas indígenas (Gurr 1994, Eriksen 1993), se reconoce que algunos pueblos indígenas dan un paso más allá de la autonomía para reclamar estatalidad independiente, de tal forma que los conflictos que involucran a estos grupos deben ser clasificados de modo de considerar que formulan ambos tipos de demandas (Gurr 1994).

### **La tesis del contagio o del efecto demostrativo**

Existe lo que, en mi opinión, puede llamarse un nexo simbólico-estratégico entre los diversos movimientos étnico-nacionales de pueblos indígenas y naciones periféricas euro-occidentales. Es un hecho que la autodeterminación ha devenido, por desgracia, en una “verdad evidente y reproducible”. Es difícil negar que ha sido la creciente aceptación de este principio lo que ha imbuido a todo grupo étnico auto-diferenciado, independiente de su tamaño, de la necesidad de reclamarlo para sí (Connor 1998). Las demandas de autogobierno de la mayoría de los grupos nacionales y pueblos indígenas, sostenida y promovida por sus dirigentes e intelectuales, asociada a la idea nacionalista

que la gente que comparte una cultura debe ser gobernada sólo por sus integrantes, es una muestra clara de esa “verdad”.

Esta relación simbólica-estratégica se expresa en la denominada “tesis “del contagio” o del “efecto demostrativo” de las demandas nacionalistas (7). Esta se puede expresar, siguiendo a A. Smith, en el sentido de que incluso categorías y comunidades étnicas que carecen de algunos “recursos culturales profundos” se ven estimuladas a redescubrirlos o adquirirlos siguiendo el ejemplo de vecinos influyentes (Smith 1997). El efecto demostrativo, según Connor, es consecuencia de la expansión de la enseñanza formalizada y de las comunicaciones globales. Éstas han aumentado las probabilidades de que los pueblos lleguen a conocer los movimientos en pro de la autodeterminación pasados y presentes. El conocimiento de las experiencias de otros pueblos suscita la pregunta de ¿por qué no nosotros? El virus etnonacional, expresión empleada por Connor, produce una reacción en cadena de exigencias de autodeterminación que afecta a pueblos que se consideran étnicamente diferenciados.

Esta formulación explica la imitación etnonacionalista mediante una aplicación “colectiva” de la teoría de los grupos de referencia. El grupo de referencia es aquel “grupo cuyas actitudes, comportamientos, creencias o valores son adoptados como criterios por un individuo cuando define una situación, la valora o decide actuar”. (Hyman 1975). El grupo de referencia, según sea su función, puede ser normativo o comparativo. Los grupos de referencia comparativos, que nos interesan en este momento, son aquellos que las personas emplean como marco de contrastación psicosocial, a la hora de evaluar su estatus personal y el de su grupo de pertenencia. Su función es evaluativa. En cuanto el grupo de referencia cumple no sólo la función de formar actitudes sino también de servir de patrón comparativo, se sostiene que en determinados contextos sociales no es descartable que un individuo, e incluso buena parte de los miembros de una colectividad se identifiquen con grupos que ocupan una posición ventajosa o que han tenido éxito en determinadas reivindicaciones.

La tesis del “contagio” supone sociedades donde las recompensas y el status se basan explícitamente en lo étnico o en otras características adscriptivas o donde la etnicidad sea reconocida como base legítima para pretensiones políticas. Los distintos grupos ven en la etnicidad un instrumento eficaz para el desarrollo del grupo y la adquisición de recursos (Keating 1994, Nagel 1989). La explicación debe probablemente encontrarse en la transformación de la etnicidad en una fórmula sancionada para conseguir tratamiento o ventaja especial que no es posible, o por lo menos no es fácil, limitar en sus efectos sólo a determinados grupos. Esto puede pasar tanto en el ámbito nacional como internacional.

Bajo el influjo de la teoría multiculturalista y de la valoración de la diversidad, expresada en la actividad de organismos internacionales como la O.N.U., la sociedad internacional puede ser considerada como una clase de sociedad en que lo étnico es una base legítima para obtener tratamiento especial. Keating señala que casi toda demanda de autonomía territorial basada en la identidad



étnica produce una reconvencción por parte de otros grupos que se hallan dentro de la sociedad, quienes afirman que ellos también constituyen etnicidades con derecho a la autodeterminación (Keating 1994). Esto puede servir para fundamentar el carácter contagioso del nacionalismo y la etnicidad en el plano internacional. En mi opinión, la sociedad internacional con su sensibilidad étnica cada vez mayor puede ser considerada como el terreno propicio para la aparición o el resurgimiento de aspiraciones étnicas, nacionales o etnonacionales. La imitación en un mundo global, a partir de la comparación de los estatus que cada grupo tiene en su sociedad nacional, es una práctica habitual (8).

En todo caso, más allá de si existe o no un contagio de la ideas nacionalistas, lo que es cierto es que los nacionalismos se estimulan mutuamente (Hastings 2000), tanto por que se nutren de los nacionalismos ajenos como por que surgen de la confrontación y contraste con otras naciones (Guibernau 1996). Es un hecho que el renacimiento del nacionalismo en Europa Oriental ha encendido los sentimientos nacionalistas en distintas zonas del mundo. No se puede negar la influencia de la situación de Québec en otros movimientos nacionalistas o étnicos, en especial de los aborígenes de Australia y del Pacífico Sur, a través de la red internacional de derechos de los grupos indígenas.

### **Objeciones a la semejanza de las demandas nacionalistas e indígenas**

A la tesis de una semejanza conceptual entre demandas nacionalistas e indígenas es posible oponer varias objeciones. Es así como generalmente se sostiene que a diferencia de las naciones sin estados los pueblos indígenas no persiguen la secesión o que por su situación de marginación, dispersión geográfica y demográfica y su vulnerabilidad no son viables como Estados independientes. Para diferenciar a los pueblos indígenas de las nacionalidades o naciones sin estados se dice que son pueblos no estatales vinculados a modos de producción no industriales, cuyo principal proyecto político es sobrevivir como un grupo portador de una cultura específica, y no imaginar, o hacerlo raramente, la formación de un estado propio. Por otro lado, se señala que las naciones sin estado persiguen la autodeterminación y la construcción de una estructura estatal. Me parece que lejos de ser ésta una diferencia que separa conceptualmente ambas categorías de demandas se trata sólo de una circunstancia o de una estrategia que además de variable no es intrínseca a cada movimiento.

De la misma forma como muchos pueblos indígenas no persiguen la estatalidad, los programas maximalistas de las minorías nacionales tienden a adoptar la forma de reivindicaciones de autonomía, autogobierno o confederación dentro de los estados multinacionales existentes. Muchos líderes de movimientos nacionales en Europa del Este han escogido estos objetivos en lugar de la secesión absoluta (Brass 1997). Brubaker sostiene que no todo nacionalismo busca la forma estatal independiente (Brubaker 2000). El nacionalismo indio o indígena puede ser presentado como un ejemplo de ello, ya que no aspira necesariamente a la creación de Estados indígenas, sino a la construcción de Estados plurinacionales (Albó 1995-1996, Bartolomé 2001) (9).

Otro argumento contra la similitud entre naciones sin estados y pueblos indígenas se basa en la distinta situación económica de ambos grupos. Frente a ello se puede oponer que el apoyo al nacionalismo puede emanar tanto de grupos desaventajados en regiones atrasadas como de grupos aventajados en regiones adelantadas (Hetcher 1989), pues ambos grupos lo que buscan es que la salida (secesión) vaya en aumento de su bienestar, ya sea para poner término a la subordinación y eventual explotación o para reducir el flujo de la riqueza generada en un territorio hacia el resto de territorio del Estado.

Contra estas objeciones, David Pearson no sólo afirma la similitud de las demandas nacionalistas y las indígenas, sino que sostiene que el nacionalismo aborigen es más étnico en su orientación que otros nacionalismos, ya que abraza comúnmente invocaciones de ancestros e historias compartidas que constituyen la base de sus aspiraciones de autodeterminación cultural y/o política (Pearson 2001). Sin embargo, según ésta posición, este imaginario nacional es, por decirlo de una manera simple, modernista, ya que se encarna en estructuras institucionales surgidas de la colonización y asume con frecuencia una concepción moderna de territorio que se superpone a las concepciones pre-modernas de relaciones con la tierra. Asimismo sostiene que los nacionalismos aborígenes reflejan una mezcla de creencias y prácticas, viejas y nuevas (revitalizadas, las unas, e introducidas, las otras) que desafían las cuidadas distinciones entre lo étnico y lo cívico (Pearson 2001).

No obstante las objeciones señaladas, y usando la distinción de Brubaker entre una concepción del nacionalismo y de la nacionalidad formulada desde el Estado y otra formulada contra el Estado (10), es posible afirmar, atendido el marco reivindicativo de los pueblos indígenas, que éstos, al igual que las naciones sin estado, tienen una comprensión contra-estatal de la nacionalidad. Sus naciones y nacionalismos son parcialmente concebido en términos pre y/o extra estatal. Los territorios a los que ellos deben lealtad primaria son imaginados o vividos como lugares que existieron previo a, o extendidos más allá de las fronteras de los estados-nación en que están incluidos (Pearson 2001).

De poder afirmarse la existencia de un nacionalismo de los pueblos indígenas, éste podría ser considerado un nacionalismo de minorías cuyo objetivo central es lograr cierto grado de autonomía para controlar el espacio en que habita la comunidad, al mismo tiempo que reivindica el establecimiento de vías alternativas que permitan la participación de las minorías en todas aquellas decisiones que les afecten (Guibernau 1994). Se trataría, en términos de Taylor, de un nacionalismo defensivo.

Valga aclarar, por último, que el hecho que se afirme una semejanza entre las demandas nacionalistas y las demandas indígenas, no conduce a plantear sin más la aparición en los pueblos indígenas del nacionalismo como fenómeno de masas, es decir, como movimiento nacionalista propiamente tal. Asimismo, la afirmación estratégica de la existencia de una nación indígena o la aparición de sentimientos nacionalistas en determinados sectores no implica la existencia de un movimiento nacionalista. A continuación, analizaremos los factores que influyen en su surgimiento.

### **3. Factores de desarrollo del discurso y movimiento etnonacional**

Una preocupación relevante de los teóricos del nacionalismo es establecer las razones por qué algunos grupos étnicos llegan a ser nacionalidades y persiguen exitosamente sus objetivos sociales, económicos y políticos (Brass 1991). El ascenso del nacionalismo en cualquier grupo de personas es algo mucho menos arbitrario de lo que a veces se sugiere. Por el contrario es una consecuencia casi inevitable de la interacción de diversos factores internos y externos, cuyo examen es indispensable si se quiere comprender el surgimiento de la conciencia nacional. Entenderemos por factores internos aquellos que dicen relación con rasgos propios del grupo respecto de los cuales éste mantiene cierto control, tales como la lengua, el patrón de asentamiento y control territorial, los recursos organizacionales, la cohesión grupal, el carácter y rol de la elite nacionalista, así como la distancia entre la “elite nacionalista ilustrada” y las masas populares.

Los factores externos son aquellos que se refieren a aspectos ajenos, casi absolutamente, al control del grupo, y que generalmente dependen del contexto social y político particular, vgr. la voluntad de las elites del grupo mayoritario y las políticas públicas como elementos influyentes en la explosión de sentimientos de apoyo a demandas etnonacionales en determinados grupos. Los factores enunciados tienen sólo el carácter de facilitadores.

#### **Factores internos**

1) *Uso de la lengua vernácula.* Muchos autores atribuyen a la escrituración de una lengua vernácula la virtud de constituir un factor determinante en la conversión natural de una identidad étnica a una identidad nacional. Así se sostiene que desde el momento en que la lengua vernácula de una etnia se convierte en un idioma con una escritura propia extensa y viva, contenida en una cultura literaria diferenciada, se cruza el límite en la senda de la nacionalidad (Hastings 2000, Hutchinson 2000).

En todo caso, se requiere para que la lengua tenga efecto social que su utilización no solo sea académica sino también popular (Hastings 2000) (11) y se convierta en un patrón cultural reconocido, por ejemplo, en algún medio de comunicación de masas (Hastings 2000). Se concluye por ello que sólo el uso extendido de una lengua vernácula puede traer consigo un efecto nacionalizador. Se tiende a la codificación.

2) *Patrón de asentamiento y control territorial.* La opinión mayoritaria de quienes se ocupan de los fenómenos etnonacionales es que si el patrón de asentamiento de un grupo étnico es demasiado difuso puede no proporcionar al grupo un área de resistencia geográfica viable. En consecuencia, no es raro que se sostenga que el único tipo de etnicidad con probabilidades de desarrollar el nacionalismo como mecanismo de defensa propia es aquella que tenga el control de un centro territorial claro, cuya población tiene un tamaño suficiente y con una economía local capaz de evitar la estrangulación económica (Hasting 2000).

3) *Recursos organizacionales*. Los indicadores de la formación de naciones son la capacidad de un grupo étnico para generar sus propios recursos organizacionales, dirigidos activamente por un liderazgo legitimado, representando el interés de la nación frente a la autoridad estatal dentro de la sociedad mayor (Nielsson 1989). Las etnias pequeñas sucumben fácilmente a las presiones de la construcción del Estado, por muy poco imaginativas que estas sean, ya que por lo general los recursos económicos, lingüísticos, ideológicos y geográficos de aquellas son demasiado limitados. La pobreza material de los miembros de un grupo puede convertirlos, fácilmente, en víctimas de la economía de la etnia dominante; la escasa escrituración del idioma grupal puede hacerlo incapaz de enfrentarse a la introducción de la lengua estatal con propósitos educativos y administrativos (Hastings 2000).

4) *Existencia de un referente organizacional común* (12). Es muy importante para el desarrollo de un discurso etnonacional y, en definitiva, para el éxito de los movimientos nacionalistas que sea una “la organización” que controle la representación de las reivindicaciones del grupo étnico contra sus rivales o que al menos exista coordinación y cooperación entre las distintas organizaciones que se atribuyen la representación de los intereses etnonacionales (Brass 1997) (13).

5) *Carácter y rol de las elites nacionalistas*. Existe casi unanimidad en el papel relevante de las elites (y de sus intereses) en la conducción de los procesos de construcción nacional, especialmente en la selección de determinados símbolos o en las estrategias de cooperación o resistencia frente a autoridades externas. Cobra sentido, en este contexto, la expresión “nacionalismo aristocrático” para destacar la actuación de las elites (Brass 1997). La existencia histórica de una nación puede o no encontrar apoyo científico, pero lo importante es que una nación existe desde el momento que un puñado influyente de personas decide sobre su existencia, y esto comienza, en la mayoría de los casos, como un fenómeno de una elite urbana (Eriksen 1993).

Existen dos planteamientos que explican la actuación de las elites. Diversos análisis del nacionalismo señalan que muchos dirigentes buscan su propio interés, entendido como la satisfacción de ciertos beneficios personales en el triunfo final, esto es, en la consecución de la independencia o de la autonomía (Douglass 1989). Por otro lado, y simultáneamente, la retórica de los movimientos nacionalistas describe a estos mismos como “grandes causas” que exigen de sus seguidores, entre ellos a las elites, al menos un cierto grado de altruismo (Douglass 1989). Ninguna de esas explicaciones por sí sola asume toda la complejidad del asunto. Ya sea que se explique la actuación de las elites de grupos nacionales minoritarios según la teoría de la elección racional o el altruismo, esa actuación persigue la búsqueda de alternativas frente a una estructura estatal excluyente (Douglass 1989).

Siguiendo la teoría de la elección racional, las elites tienen por lo menos dos alternativas: 1) propiciar la formación de nuevas naciones o el resurgimiento de sentimientos nacionales preteridos frente a una tendencia de bloqueo de sus aspiraciones personales de movilidad social (Nielsson 1989); 2) la integración, y

en muchos casos su asimilación, en la cultura social dominante con la pretensión de lograr sus propósitos de ascenso social. El altruismo también puede explicar por qué los intelectuales y las elites dirigenciales se vuelven al nacionalismo. Una variante de esa explicación altruista es que un genuino deseo de libertad para su propio pueblo o nación constituye un elemento que no puede ser descartado sin más (Guibernau 2000). La otra, y no necesariamente distinta, entiende la actuación de las elites en el registro de defensa de la dignidad nacional, es decir, se ve en el nacionalismo una fuerza que sirve para restaurar el orgullo herido o como una forma de reacción frente a una humillación inflingida por el opresor (Taylor 2003).

6) *La distancia entre elites y masas.* Autores como M. Guibernau y Paul Brass sostienen que todo proceso de construcción nacional es un proceso de un grupo reducido de personas, generalmente intelectuales que luchan por mantener y recuperar la cultura de la nación sin estado y, allí donde exista, su lengua. En esta etapa inicial se registra un gran distanciamiento entre una minoría “ilustrada” y las masas, acompañada, por regla general, de escasas posibilidades de desarrollo para la cultura de la minoría (Guibernau 1996). Ambos autores no descartan que para que la ideología nacionalista sea una herramienta política eficiente las elites deben lograr el apoyo de las masas (14).

No es fácil explicar la distancia entre las elites de una minoría nacional y las masas populares de la misma. Una primera explicación está relacionada con la confianza de los miembros de una nación o grupo étnico respecto de sus elites dirigenciales. La cooperación entre las elites internas y las autoridades externas que conduzca a mantener una situación de diferencias étnicas persistentes, sin una articulación de demandas étnicas, puede ser asumida por los miembros de una minoría como una traición (Brass 1991). En consecuencia, una condición que debe estar presente para superar la distancia a que nos referimos es la actuación de líderes capaces de empatizar con las necesidades e intereses de su pueblo o nación, incluso de los más postergados, y de generar confianza y cohesión interna.

Otra explicación, vinculada al interés económico, tiene que ver con los beneficios o perjuicios que acarrea para las personas el ejercicio de la soberanía territorial u otra forma de autogobierno. En la medida en que exista una dependencia grande o creciente de la mayoría de los miembros del grupo nacional respecto de la economía del resto del Estado, la distancia entre las elites y las masas tenderá a aumentar y los miembros comunes de ésta no favorecerán la vía autonomista. Por ello, creo que se equivocan quienes sostienen que la superación de la pobreza involucra la disminución de la conflictividad étnica o nacionalista. En la medida que un grupo, conciente de su diferencia o que apuesta por ella, fortalece su organización y se hace menos dependiente económicamente existen más probabilidades que inicie una movilización etnonacional.

Finalmente, para los miembros de un grupo étnico o nacional el logro de la soberanía o de la autonomía es un objetivo utópico muy lejano que poco apoyo concita, a menos que vaya acompañado de la provisión de bienes particulares (incentivos selectivos), sea que se trate de puestos de trabajos, acceso a la

educación, recursos presupuestarios, etc. La distancia en este caso se explica por la dificultad de la elite para convencer a las masas que el proyecto soberanista o autonomista es un proyecto realista y viable (Hetcher 1989).

Será necesario, en el futuro, con mayor perspectiva investigar el impacto que puedan tener en determinadas zonas de territorio mapuche la elección de alcaldes mapuches y el uso de la estructura municipal para potenciar el discurso reivindicativo. En este sentido es importante tener en cuenta lo que señala Hetcher: si un partido nacionalista consigue apropiarse del control de las suficientes fuentes de bienes particulares (tales como las instituciones autonómicas territoriales), puede alistar a muchos más miembros, y por lo tanto recurrir a la organización del partido de masas (Hetcher 1989).

### **Factores externos o contextuales**

1) *Voluntad de las elites del grupo dominante.* Una variable del contexto político que puede afectar la evolución de un grupo étnico de la conciencia comunal al estatus nacional es la voluntad política de la elite del grupo dominante de compartir el poder. Donde no existe esa voluntad, la sociedad en cuestión está encaminada al conflicto, incluso a la guerra civil y al secesionismo. Sin embargo, donde tal voluntad está presente las perspectivas de soluciones pacíficas y equitativas para los conflictos entre grupos étnicos son indudablemente mejores (Brass 1997).

En este sentido, la resistencia del grupo dominante a demandas etnonacionales, apoyado abierta o tácitamente por las autoridades estatales, puede coadyuvar a que el grupo nacional aspirante sea más fácilmente movilizadado por los llamamientos nacionalistas que cuestionan la estructura económica, política y cultural existente (Brass 1997).

2) *Las políticas públicas.* Un Estado puede tener varias actitudes hacia el o los grupos étnicos o nacionales que engloba: indiferencia, asimilación, segregación, multiculturalismo, etc. (Eriksen 1993) Cada una de esas actitudes tiene efectos concretos en la identidad del grupo y en su movilización política. Cuando los pueblos o nacionalidades tienen posibilidades de participar en un régimen político que les asegure el uso efectivo de la voz, la salida (secesión) pierde atractivo (Hirschman 1977). Ahora bien, la participación no solo debe ser política sino también económica. La desigual distribución de la riqueza entre los distintos grupos que forman parte de un Estado es otra razón que promueve la salida. Cuanto más se sienta un grupo de personas parte de una sociedad más difícil será que se identifiquen con el radicalismo. La consecuencia que se puede extraer es que la participación aumenta la cohesión y que la cohesión de una sociedad puede desincentivar el surgimiento de sentimientos nacionalistas.

En otros casos, es la actitud invasiva del Estado, con miras a la asimilación del grupo minoritario, la que genera un proceso de re-etnificación. En efecto, el incremento de la actuación del Estado con su correlato de disminución o pérdida de autonomía de determinados grupos, conduce al crecimiento del etnicismo o nacionalismo militante (Douglass 1989). Está comprobado, por ejemplo, el efecto contraproducente que tienen los intentos de imponer la

lengua del grupo dominante como lengua oficial, o peor aún la prohibición de las lenguas minoritarias.

La intrusión económica también juega un papel importante. Los conflictos entre grupos indígenas y el Estado se activan cuando la mayoría dominante desea controlar los recursos ecológicos, económicos y humanos en el territorio de esos grupos (Eriksen 1993). Desde principios del siglo pasado los Estados, especialmente en América Latina, cuentan con una mayor capacidad de control real de los territorios ubicados al interior de sus fronteras, como consecuencia de la modernización de las redes de comunicación y transporte. Los movimientos etnopolíticos, los procesos de re-etnificación o etnogénesis en América Latina y en otras latitudes, pueden ser comprendidos, en esta lógica, como reacciones frente a intentos de violación de los derechos territoriales y culturales de los pueblos indígenas (Eriksen 1993).

Quizás pudiera formularse un principio: cuanto menos intrusiva sea la concepción del Estado, menos etnias se harán nacionalistas. Sin embargo, no se puede desconocer que cuanto más haya avanzado un grupo hacia una identidad separada y consciente de sí misma, una identidad de idioma o de religión, más probable es que responda a cualquier intrusión, incluso la más mínima, optando por el nacionalismo (Hastings 2000) (15).

Por otra parte, la cooptación de líderes por parte del Estado puede interpretarse como una táctica intervencionista que procura disminuir la solidaridad de grupo, ya sea reduciendo la dependencia de los miembros respecto del grupo o bien la capacidad de control del mismo. Dada la estrecha relación entre solidaridad grupal y su supervivencia o fuerza, la cooptación tiene como fin último cuestionar la existencia del grupo (Hetcher 1989). Si esto es percibido por sectores influyentes del grupo como una amenaza puede producir una reacción que incremente el conflicto.

3) *Etnificación del acceso a bienes públicos.* Asimismo, la organización política puede promover la autoidentificación étnica en la medida en que la distribución de los bienes públicos y la disponibilidad de acceso a la política están organizadas en base a la etnicidad (Nagel 1989). En este caso, es posible sostener, sin duda, que la organización política contiene facilitadores de una movilización estratégica que conduce a una pendiente resbaladiza. Las sociedades donde la etnicidad cumple un papel importante en el acceso y adquisición de estatus y bienes puede resultar el campo propicio para exacerbar la categorización grupal que termine por dividirla en “nosotros” y “ellos”.

4) *Ineficiencia estatal.* Al contrario de lo dicho más arriba la proliferación de movimientos nacionalistas puede deberse también al colapso o ineficiencia de las instituciones estatales, a la incapacidad del Estado para satisfacer las necesidades básicas de la población o a la inexistencia de estructuras alternativas satisfactorias, como por ejemplo una ideología dominante, que probablemente sea la explicación del quiebre político de la antigua Unión Soviética (Guibernau 1996) y del separatismo que aún la afecta.

5) *Las condiciones económicas.* Éstas pueden actuar como catalizadores o agravantes de las tensiones nacionales en dos sentidos. Si el grupo tiene una economía autónoma sus líderes usarán esa circunstancia como argumento de que no pueden continuar siendo los financistas del resto del Estado. Por el contrario, si el grupo es dependiente económicamente el argumento es que dicha dependencia es el resultado de una política de subordinación de los grupos dominantes.

#### **4. La construcción de una identidad nacional mapuche**

La sola sugerencia de esta idea da lugar a una serie de preguntas. a) ¿Está en marcha un proceso de construcción nacional mapuche?; b) ¿Qué factores impiden o estorban el desarrollo de un movimiento nacional mapuche?; c) ¿Qué actores están involucrados en este proceso?; d) ¿Qué actitud ha asumido el Estado frente a este proceso?, y; e) ¿Qué impacto tiene en la sociedad chilena un discurso y una acción etnonacional mapuche? Intentaré dar brevemente respuesta a los interrogantes que se formulan.

a) *¿Hay en marcha un proceso de construcción nacional mapuche?* Cuando se firmó el acuerdo de 1989 (Acuerdo de Nueva Imperial) no se encontraba completamente articulado el nuevo discurso de la dirigencia mapuche. En la actualidad emerge un planteamiento autonomista que persigue, entre otras cosas, la reconstrucción y reconocimiento del territorio y costumbre mapuche. Esto no significa desconocer que la propuesta autonomista haya estado del todo ausente a fines de los años ochenta (16). De hecho una versión de esta se encuentra en el movimiento de Aburto Panguilef, quien propugnaba en la década del treinta la creación de una República Indígena.

Las demandas han evolucionado, merced a la globalización de la emergencia indígena y a la participación de representantes mapuches en foros internacionales. En el año 1997 el Congreso Nacional del Pueblo Mapuche planteó que la autonomía constituía “el eje de articulación del nuevo diálogo que impulsa el pueblo mapuche en su relación con el estado y la sociedad chilena”. Unida a ella surge el concepto de territorialidad indígena (17).

Es indudable que, en perspectiva histórica, estamos en presencia de un nuevo ciclo reivindicativo mapuche (18). Varios autores en Chile han planteado esta cuestión, ya sea de una manera expresa o no. Entre ellos cabe mencionar a Rolf Foerster, Petri Saloperä, Joaquín Fernández y Augusto Samaniego Mesías. José Bengoa al final de su libro “Historia de un Conflicto” alude brevemente a la cuestión etnonacional mapuche. Foerster ha sido el que ha hecho las reflexiones más directas sobre el tema. Según éste autor el tránsito hacia lo etnonacional se puede observar en los siguientes hechos: las demandas de los mapuches a ser reconocidos como “pueblo”, las demandas de autonomía, la emergencia de una intelectualidad mapuche etnonacionalista y la aparición de sentimientos nacionalistas. La mayor parte de ellas, me parece, son acertadas. En ninguna parte, Foerster señala que exista ahora un movimiento nacionalista mapuche. En realidad plantea la pregunta e intenta buscar algunas respuestas (19). Ni la existencia, o la afirmación estratégica de la existencia, de la nación mapuche ni la expresión de sentimientos nacionales en un sector del pueblo



mapuche, significan que exista un movimiento nacionalista mapuche. Hacerlo sería confundir nación, nacionalismo y movimiento nacionalista (20).

¿Es el pueblo mapuche una pre-nación o nación potencial? ¿Se trata de un pueblo respecto del cual el advenimiento de la identidad nacional está por llegar? ¿Qué porcentaje del pueblo mapuche debe adquirir una conciencia nacional para que sea considerada una nación? Todas las preguntas merecen un análisis directo. Lo dicho en las secciones anteriores tiene como propósito prepararnos conceptualmente para intentar algunas respuestas.

Los mapuches, en general, han manifestado un afecto o lealtad al Estado menor al que profesan los no mapuches (winkas). El que muchos mapuches se consideren también chilenos no excluye la fuerza emocional de la primera identificación. La actitud electoral de los mapuches tampoco puede ser interpretada como una manifestación clara de su integración o como una aceptación de la porosidad de las fronteras étnicas. El simple diálogo con una persona mapuche, incluso no politizada, convence acerca de la vigencia de la separación entre un “nosotros” y un “ellos”, los mapuches y los chilenos en bandos distintos.

La persistencia de esas categorías, cuyas causas indudablemente están en la historia de la relación, tiene un fuerte componente emocional que es de difícil eliminación. La lógica que está detrás del nuevo ciclo reivindicativo de los mapuches es que las afrentas sufridas como pueblo deben ser reparadas con el reconocimiento de esa condición, asociado a derechos colectivos. La demanda de varias organizaciones mapuche no se dirige solo a la preservación de la cultura, de su *modus vivendi*, sino al desarrollo político como colectividad. Es correcto, de alguna forma, hablar de un proceso de construcción nacional pues da la idea de un continuo temporal en que la internalización de la identidad y conciencia nacional se convierte en una fuerza efectiva para movilizar a las masas del pueblo mapuche. La duración, etapas y carácter de ese proceso no son posibles de determinar a priori.

Según Brass el proceso de construcción nacional puede conllevar tres etapas: 1) Una comunidad étnica que demanda protección para sus manifestaciones culturales, entre ellas especialmente la lengua; 2) Una nación potencial que demanda derechos sociales, económicos y políticos para los miembros del grupo o para el grupo como un todo. Dependiendo de las necesidades y demandas grupales detectadas, su tamaño y distribución, su relación con otros grupos y el contexto político, las demandas pueden pretender derechos y oportunidades civiles, educacionales y políticas relativamente modestas para los individuos miembros del grupo o el reconocimiento de la existencia corporativa del grupo como un cuerpo político o nacionalidad; 3) En la medida que un grupo tenga éxito por sí mismo en el logro y mantenimiento de derechos de grupo a través de la acción y movilización política se constituye como una nacionalidad, yendo más allá de la etnicidad (Brass 1997). Siguiendo a éste autor podemos sostener que el pueblo mapuche se encuentra en la segunda de las tres etapas de desarrollo de una nacionalidad, sin excluir aún el influjo de la primera fase.

*b) ¿Qué factores impiden o estorban el desarrollo de un movimiento nacional*

*mapuche?* Analizado hoy en día el movimiento mapuche a la luz de los factores señalados en la tercera parte de este trabajo podemos constatar que no cumple, o cumple de forma muy insatisfactoria, con ellos. No hay un uso público u oficial de la lengua mapuche. Incluso uno de los intentos de masificar las nuevas demandas al interior del pueblo mapuche, me refiero al Periódico Mapuche Azkintuwe, se edita mayormente en castellano. Al respecto Javier Lavanchy opina que los aspectos que considero faltante y que son indicadores de la existencia de un movimiento nacionalista en cualquier parte, como el uso de la lengua, sí se encuentran presentes en el movimiento mapuche y en las organizaciones etnonacionales. Menciona como ejemplos del uso del mapudungum al Periódico Aukiñ del Consejo de Todas las Tierras y a los programas radiales Witrangé Anay o Kūruf Newentuaiñ, realizados en buena parte en lengua vernácula.

Es preciso aclarar que cuando considero que no concurre, en el movimiento etnonacional mapuche, el uso público de la lengua ancestral pienso en un uso extendido y popular de la lengua, como patrón cultural reconocido e influyente. Si el nacionalismo, es como Connor afirma un movimiento de masas, el uso de la lengua debe ser masivo para que cumpla la función de reproducción de las ideas nacionalistas, a menos, y esa es una posibilidad, que se reconozca que el valor de la lengua en el surgimiento y desarrollo de un discurso etnonacional es sólo relativo. En todo caso, cuando me ocupo de los factores de desarrollo de un discurso etnonacional no afirmo que el uso de la lengua vernácula sea el único factor o el más importante. Acepto que pueda no tener mucha importancia o que ésta sea sólo simbólica o ceremonial.

Asimismo, el pueblo mapuche es víctima de dispersión en dos sentidos. Por un lado, la dispersión geográfica de los mapuches provocada por las distintas migraciones campo-ciudad. Se puede afirmar que hoy en día los mapuches constituyen una minoría territorial dispersa. La segunda forma de dispersión es la organizacional. Son los mismos intelectuales mapuches los que reconocen que la heterogeneidad del movimiento mapuche impide la construcción de una propuesta ideológica común (Azkintuwe Octubre de 2003).

Hoy no existe un camino claro para superar estos obstáculos. Estamos todavía en la fase de la construcción de propuestas y utopías (21). Al interior de muchas organizaciones se realiza una tarea de diagnóstico y análisis de la realidad para detectar precisamente las falencias del movimiento mapuche. Creo que el equipo del Periódico Azkintuwe hace una interesante reflexión sobre la crisis o agotamiento del movimiento.

3) *¿Qué actores están involucrados en éste proceso?* En todo proceso de construcción nacional las personas con un alto nivel educativo, menores de 40 años (por regla general) y que perciben ingresos medios o superiores son las que prestan mayor apoyo a organizaciones que persiguen desarrollar una identidad o conciencia nacional. Generalmente se integran en centros de investigación, en agrupaciones de estudiantes u organizaciones indígenas más radicales. Esta realidad, me parece, no es ajena a las organizaciones que hacen una apuesta etnonacional al interior del pueblo mapuche. Ejemplo de ello son: El Centro de Documentación Liwen, el Equipo Periodístico de Azkintuwe, la

Coordinadora de Comunidades en Conflicto Arauco-Malleco, por nombrar algunos.

Hasta el año 1999 el Consejo de Todas las Tierras, creado a fines de la década de los ochenta y cuya estrategia consiste en “recuperaciones de terrenos en conflicto” para luego entablar negociaciones, era la organización indígena más rupturista. A pesar de su relativo éxito, su ambivalencia frente a la institucionalidad estatal, le significó perder credibilidad en algún sector del movimiento indígena. Este fue asumido por la organización denominada “Coordinadora Arauco-Malleco”, que ha empleado la estrategia de recuperaciones, principalmente de tierras en manos de empresas forestales o de descendientes de colonos, pero sin la misma disposición al diálogo.

En ambas organizaciones, sin perjuicio de otras, se observa un decantamiento por reivindicaciones etno-nacionalistas que se expresan en un reclamo explícito por la reconstrucción del territorio mapuche y la obtención de autonomía. La lucha indígena se transforma en una lucha de liberación nacional. Pero también es posible identificar a intelectuales mapuches, especialmente poetas que usan, no solo metafóricamente, el lenguaje etnonacional. Es el caso de Elicura Chihuailaf en su “Recado Confidencial a los chilenos” (22) .

4) *¿Qué actitud ha asumido el Estado de Chile?* Frente al nuevo ciclo reivindicativo del pueblo mapuche el Estado chileno ha asumido una actitud que, en principio, puede parecer inconsistente. Se ha propiciado diálogos comunales, existe una clara judicialización del conflicto, opera en las comunidades el denominado Programa Orígenes, etc. En mi opinión, sin embargo, se trata de muchas iniciativas, pero de una sola actitud: la negación interesada de la “cuestión etnonacional mapuche”, cuya existencia, como señala Foerster, el Estado chileno no desconoce. Afirma éste autor que “no se puede negar que (...) que el Estado, en coincidencia con el movimiento indígena, procesan la grave situación económica en que se encuentra el pueblo mapuche, como los conflictos que de ahí se derivan, no bajo el eje pobres v/s. ricos sino bajo la oposición étnica” (Foerster 1999).

Los diálogos comunales centran la cuestión indígena en los aspectos vinculados al desarrollo y fomento productivo y a la asistencia estatal. Para otros, el conflicto entre el Estado y el Pueblo Mapuche se transforma en una cuestión de seguridad interior o de terrorismo. La creación del Programa Orígenes aborda el problema indígena como una cuestión de superación de la pobreza, siendo en definitiva un intento de contención social, a través de la cooptación de dirigentes. El informe de la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato, a pesar de ser un avance, no muestra una definida disposición a aceptar conceptos como autonomía, ni mucho menos autodeterminación.

Foerster advierte que frente al surgimiento de un movimiento etnonacional mapuche una de las alternativas es evitar el mayor desarrollo del etnonacionalismo y su tránsito hacia la fase de consolidación masiva. La implementación del Programa Orígenes puede entenderse inscrito en una estrategia de desactivación de la conflictividad étnica. Asimismo, la labor del Ministerio Público en la Novena Región persiguiendo a comuneros indígenas

como autores o cómplices de conductas terroristas encaja en lo que Foerster llama “el uso permanente de medios represivos”. Frente a la conflictividad, el Estado reacciona con querellas o requerimientos. Para quien haya seguido desde hace mucho tiempo el mal llamado “conflicto mapuche” resulta evidente que el uso del *ius punendi* no es la estrategia más adecuada y eficiente para responder a una reivindicación étnica.

El Estado chileno ha seguido el camino habitual de los Estados multinacionales enfrentados a una creciente amenaza de movimientos étnicos o nacionalistas: la de volverse menos democrático, dialogante y pluralista (Connor 1998). No es raro que se aplique la ley de seguridad y la ley antiterrorista. No pasará mucho tiempo, probablemente, en que se decreten estados de excepción que permitan la defensa de la institucionalidad vigente o el respeto del Estado de Derecho, como sostiene el discurso empresarial para ocultar la exigencia de protección del derecho de propiedad.

5) *¿Qué impacto tiene o puede tener en la sociedad chilena un discurso y una acción etnonacional mapuche?* La apuesta de un sector, integrado por dirigentes e intelectuales con visión global y de largo plazo, por la construcción de una identidad nacional puede tener impacto sobre la estabilidad o gobernabilidad política. Pese a las proyecciones optimistas que auguran la atenuación del conflicto gracias a la acción estatal, nada asegura que éste desaparecerá. No debe llevar a engaños la aparente ausencia de confrontación étnica. Ésta ausencia no indica la inequívoca formación de una única identidad transgrupal chilena (Connor 1998), ni evita que en el futuro rebroten los enfrentamientos étnicos.

Los procesos de construcción nacional son de difícil desactivación pues, por lo general, aunque puedan atravesar períodos de remisión, en la medida que no solo miran hacia el interior de la sociedad sino que actúan estimulados por las experiencias de otros pueblos, continúan por mucho tiempo intentando captar la adhesión de las masas populares. En este orden de cosas, una de las estrategias a la mano de los dirigentes indígenas es acentuar la idea de conflicto interétnico en el que las distintas identidades permanecen en estado de alerta. Un panorama poco prometedor teniendo en cuenta la incapacidad del Estado para responder equilibradamente a las demandas que dicho escenario planteará / **Azkintuwe**

## NOTAS

\* Abogado, Doctorando Universidad Autónoma de Madrid (Programa de “Derechos Fundamentales”). Diploma en Estudios Amerindios, Casa de América de Madrid. Colaboración especial para Periódico Azkintuwe.

1. Según G. Nielsson etnicidad y nación han sido separados cuando deberían estar íntimamente relacionados. Acota que desde el punto de vista etimológico etnia y nación solían tener el mismo significado aunque tuvieran raíces lingüísticas diferentes. Nación es una derivación del latín *nasci* (nacer): se entendía que designaba una comunidad de personas unidas entre sí por el origen común del lugar del nacimiento. Etnia es un derivado moderno del griego “*ethnik*” que significa una nación (Nielsson 1989).

2. Es empíricamente constatable que no todos los nacionalismos pretenden la estatalidad, la consecuencia más radical del derecho de autodeterminación. No obstante es consustancial a todo nacionalismo, sea que se auto-denomine así o sea llamado por otros de esa forma, la aspiración a la autodeterminación, entendida como el establecimiento de una estructura institucional que le permita a los miembros de la nación decidir colectivamente sobre aquellos asuntos que afecten primordialmente a su comunidad (Contreras 2002).

3. Ver el Estudio sobre los tratados, convenios y otros acuerdos constructivos entre los Estados y las poblaciones indígenas. Informe final presentado por el Relator Especial Sr. Miguel Alfonso Martínez, E/CN.4/Sub.2/1999/20.

4. Los exponentes de esa tendencia, en el caso de los pueblos indígenas, son Rodolfo Stavenhagen (1964) y Pablo González Casanova (1996).

5. En 1840, el gobierno británico envió a Nueva Zelanda al capitán William Hobson en calidad de cónsul y con plena autoridad para negociar tratados con los jefes maoríes. Según los términos del Tratado de Waitangi que él mismo redactó, los maoríes cedían la soberanía del país a la corona británica a cambio de justos derechos de propiedad como ciudadanos británicos y de permanecer bajo protección de Gran Bretaña; también aceptaron vender sus tierras sólo a la corona. El 6 de febrero de 1840, 45 jefes maoríes de la isla del Norte firmaron el tratado y otros 500 lo hicieron en las semanas sucesivas.

6. Nunavut (Nuestra Tierra) fue creado como territorio autónomo de Canadá en el año 1999, después de cerca de 15 años de trabajo de negociación y organización.

7. B. Anderson utiliza la expresión pirateo para referirse al traspaso de un modelo atractivo de una sociedad a otra (Hastings 2000). D. Bell, por su parte, niega el efecto de contagio en estos movimientos étnicos ni una corriente ideológica común (Bell 1975). Ver, además Gurr 1993.

8. W. Connor señala que: “La conciencia nacional presupone el reconocimiento de la existencia de otros grupos culturales y, hasta ahora, el mundo significativo para la mayor parte de la población mundial termina en los límites de la aldea. Atendiendo a las lecciones que nos enseñan el pasado y el presente, cabe esperar que la conciencia política y la cultural se extiendan a caballo de la difusión de las comunicaciones y que de las mezcolanzas étnicas de Asia y África se alcen multitud de voces reclamando un trazado diferente de las fronteras políticas” (Connor 1998). Una muestra clara de esta tendencia está expresada por Chihuilaf al señalar: “nosotros miramos hacia Québec, a la gente de esa provincia, con un sentido de admiración, pero también con un poco de “envidia”, porque los que ustedes tienen, en muchos aspectos, es lo que nosotros quisiéramos” (Chihuilaf 1999). El efecto demostrativo no necesariamente es unidireccional. La tesis estadounidense de las naciones domésticas tiene una fuerza sugestiva que ha influido en muchos pueblos indígenas en América Latina. Sin embargo, como contrapartida, es necesario rastrear el impacto que en los indios de Norteamérica han tenido los cambios sociales en América Latina, propiciado por los indígenas que han llegado a ser activos políticamente (Parsons 1975). Por ello se puede afirmar que el proceso de imitación y adaptación está lejos de haber acabado. Así como una vez el nacionalismo de liberación de las nacionalidades europeas dependientes sirvió como modelo a las regiones colonizadas de África y Asia, así también el nacionalismo anticolonialista de estos continentes sirve hoy como modelo, con oportunas enmiendas, en el mundo occidental (Orridge 1987). Afectación de

rebote(Connor 1998).

9. En todo caso, no se puede perder de vista que la obtención de un régimen de autonomía puede constituir un paso para alcanzar estatalidad y, a su vez, la demanda de estatalidad puede ser una estrategia para lograr un régimen de autonomía en términos más convenientes (Contreras 2002).

10. En la primera, las naciones son concebidas como congruentes con el Estado, como institucional y territorialmente estructurada por el Estado. En la segunda, son concebidas en oposición al marco institucional y territorial de algún Estado o Estados. En este caso, los miembros de las minorías nacionalistas a menudo tienen que elegir entre Estados potencialmente divididos, naciones y lealtades étnicas.

11. En la presentación de esta ponencia en el Encuentro Interdisciplinario sobre Identidades en Chile (12-16 de enero de 2004, Universidad de Chile) un asistente llamó mi atención sobre la existencia de nacionalismos como el vasco, catalán e irlandés en que el uso de la lengua no era tan importante como para ser considerado un factor que influyera en el desarrollo de un discurso etnonacional. Esto es cierto, pero también lo es que todo nacionalismo procura la recuperación o la pervivencia de la lengua materna para que cumpla la función de marcador cultural intergrupar. Un argumento referido a la relación entre la lengua y el nacionalismo se puede encontrar en Kymlicka 2003.

12. Javier Lavanchy, a quien agradezco sus comentarios a ésta ponencia, está en desacuerdo con mi afirmación que la inexistencia de un frente unificado indicaría la inexistencia de un movimiento nacionalista. Coincido con él en que no hay movimientos nacionalistas del todo unificados. Mi aseveración dice relación más bien con la idea que la existencia de una organización unificada asegura más y mejor el desarrollo de un discurso nacionalista y, sobre todo, la persecución exitosa de los objetivos nacionalistas. El cuestionamiento que hace el Periódico Azkintuwe, en su primer número, a la dispersión de las organizaciones mapuches me parece que apunta en la línea que sostengo.

13. La última parte de este párrafo fue incorporada para hacerme cargo del comentario de Javier Lavanchy (ver cita al pie de página anterior).

14. Taylor se plantea esta cuestión de manera directa cuando interroga acerca de ¿cómo llega a generalizarse el nacionalismo y a galvanizar a poblaciones enteras? ¿cómo se difunde más allá de las élites? (Taylor 2003).

15. Como contrapartida a la actitud intrusiva del Estado hay que tener en cuenta, según Simmel, que los grupos pequeños tienden a adoptar una actitud más decidida y radical frente a las personas, a los problemas reales y a otros círculos (grupos), ya que se encuentran en mayor número de ocasiones ante cuestiones de ser o no ser (Simmel 1977). Por su parte, J. Raz sostiene que: “El deseo de resistir al cambio lo sienten particularmente las pequeñas comunidades cuando éste se percibe como el impacto de la coexistencia con grupos mucho mayores cuyas culturas dominan la atmósfera en el terreno público” (Raz 2001).

16. Ver J. Aylwin, ob. citada, p. 21.

17. Para un análisis de mayor profundidad véase José Aylwin, ob. citada, pp. 17-23. El libro de J. Bengoa sobre la emergencia indígena contiene un excelente análisis de la evolución de la demanda indígena, ver Capítulo IV, pp.126-146.

18. Una expresión de este nuevo ciclo es la Declaración Mapuche de Villarrica de 7 de mayo de 2002. La idea de un “nuevo ciclo reivindicativo” es de Lavanchy 1999.

19. Una crítica de la posición de Foerster se encuentra en Saavedra 2002.
20. Gellner distingue el nacionalismo como sentimiento y como movimiento. Sobre la base de entender que el nacionalismo como principio afirma la congruencia de la unidad política y nacional, señala que el nacionalismo como sentimiento nacionalista es la sensación de ira surgida de la violación de este principio o de satisfacción surgida de su realización. El nacionalismo como movimiento nacionalista es lo actuado de acuerdo a un sentimiento de este tipo (Gellner 1983)
21. Ver por ejemplo, la ponencia de Pedro Cayuqueo el año 1999, en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. También el trabajo de Ancán y Calfio 2002.
22. Chihuailaf dice: “Pertenece a una Nación que no ha constituido Estado todavía, p. 20...” (Chihuailaf 1999).
23. Los Diálogos Comunales. El año 1998 el conflicto indígena recrudece y se hace más complejo. En mayo de 1999, el último año del gobierno de Eduardo Frei (1994-2000) se decide negociar con las comunidades en conflicto y se convoca a un proceso denominado “Diálogos Comunales”, patrocinados por el Ministerio de Planificación y Cooperación (MIDEPLAN). Se encargó al Ministro respectivo y al Director de la CONADI, la representación del Gobierno. Además la comisión negociadora estaba integrada por un ex ministro, un empresario, tres consejeros indígenas.

Tras los Diálogos, más de 30 entre los meses de mayo y junio, en agosto de 1999 el Gobierno presentó un programa de trabajo que implicaba un gasto de 140 millones de pesos. El programa incluía, entre otras: 1) El reconocimiento constitucional y la ratificación del Convenio 169; 2) Nuevo trato y apoyo integral al desarrollo de los pueblos indígenas; 3) Coordinación sistemática y multisectorial del Estado para implementar una política indígena de nuevo trato y desarrollo; 4) Condonación, bonificación y reprogramación de deudas de indígenas; 5) Creación de dos nuevas áreas de desarrollo indígena; 6) Un programa habitacional especial; 7) Aumento de becas para la educación en todos los niveles; 8) Programa especial de agua potable; 9) Mejoramiento de atención médica rural, etc. No hubo ninguna referencia a participación política, autonomía y territorio indígenas. Salvo las primeras medidas, todo lo demás se refería a cuestiones productivas y sociales. Las críticas no se hicieron esperar y las movilizaciones mapuches continuaron; La Comisión para la Verdad Histórica y Nuevo Trato.

El 31 de marzo de 2000 se crea la “Comisión para la Verdad Histórica y Nuevo Trato” cuyos objetivos son establecer nuevas formas de participación indígena y de relación entre los pueblos indígenas y el Estado. En enero de 2001, se nombró a don Patricio Aylwin como presidente de la comisión y se cursó invitación a los dirigentes del Consejo de Todas Las Tierras y de la Coordinadora, quienes no han concurrido a sus reuniones. La creación de esta comisión no ha servido para fomentar el diálogo, principalmente por que las organizaciones indígenas que más interesaba que asistieran se han auto-excluido. Ésta es probablemente la iniciativa gubernamental que más esperanzas suscita por el carácter de su encargo y la calidad moral y técnica de sus integrantes, entre los que se cuentan el historiador José Bengoa, Ex-Director de la Comisión Especial de Pueblos Indígenas (CEPI) que preparó el

Anteproyecto de Ley Indígena e impulsó su aprobación parlamentaria; El Programa Orígenes.

El año 2001 el Ministerio de Planificación informó de la implementación de un programa llamado “Orígenes”, dotado con 133 millones de dólares, de los cuales 80 millones provienen de un préstamo del BID y el resto del Estado chileno, destinado a mejorar las condiciones de vida de los indígenas de manera integral desde una dimensión cultural. La contraparte formal del BID es el Ministerio de Planificación. El proyecto, por decisión gubernamental, atiende exclusivamente a la población atacameña, aymara y mapuche rural.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

